

Si la guardia móvil fuera en realidad el medio de descargar el ejército activo de los demás trabajos para poder emplear toda su fuerza en la ofensiva, ya habría votado Thiers por la creación de esta milicia; pero en su opinión no serviría para producir este resultado, y por lo mismo dijo que para guardar las plazas fuertes no se necesitaban soldados, según había dicho Napoleón I, sino hombres, y estos dijo Thiers que se encontrarían en gran número al momento de estallar la guerra. Añadió: «La idea fundamental de las leyes de 1831 y 1851 fué la siguiente: si estalla una guerra, se inflaman al mismo instante en nuestro país, atendido su carácter, todos los corazones, como lo hemos visto en 1840 cuando la guerra era posible, aunque muy poco probable, y estoy convencido de que si se utilizase este espíritu sin haberlo cansado antes por medio de ejercicios superfluos y pueriles, se produciría un entusiasmo del cual se podría sacar grandísimo provecho. Voy á citar un ejemplo. La Francia es evidentemente tan militar como la Italia, y no hemos visto que la Italia hace tres ó cuatro años organizó con una rapidez increíble veinte ó treinta batallones de guardia móvil que fueron embarcados en Génova y enviados al Mediodía del país? ¿Y no tendríamos siempre de dos á tres meses de tiempo, es decir, más de lo que se necesita, para organizar esta guardia móvil y utilizar el entusiasmo del pueblo?»

»Es decir, que no es menester crear tal guardia móvil de antemano para lograr el objeto propuesto. Lo que se quiere es hacer de esta guardia móvil un ejército activo, pero esto es imposible, y la sola tentativa sería perniciosa, porque se sacrificaría el ejército de campaña para crear un ejército que solo existiría en el papel. Siento que se hagan gastos para crear una guardia móvil, que siempre será una fuerza secundaria y que podría ser reemplazada por una guardia nacional como lo mandan las leyes de 1831 y 1851. Estos gastos serían muy convenientes para el ejército de campaña que debe oponerse al enemigo en primer lugar, y todos sabéis mejor que yo que la primera batalla decide casi siempre la suerte de la guerra. No insisto; pero lo que digo, no lo dudeis, es la opinión de un francés que ama á su patria sinceramente, que conoce también de lo que aquí se trata, y que hubiera deseado que este debate tomara otro sesgo. Ya no hay tiempo para ello. Confío en la Providencia.»

No se realizó el temor de Thiers tocante á la guardia móvil. Se suprimió el derecho de comprar un sustituto para el servicio en la guardia móvil y fué reemplazado por una ampliación del derecho de liberación en la revisión; pero la diferencia fué solo aparente y la guardia móvil fué solo una creación en el papel á causa de los artículos 6.º y 9.º referentes á los ejercicios y maniobras; porque el artículo 6.º decía:

«Los inscritos en la guardia móvil continúan en el goce de sus derechos civiles, pudiendo casarse libremente, cambiar de domicilio y residencia, viajar por Francia ó por el extranjero sin que su ausencia de los ejercicios y reuniones periódicas esté sujeta á penalidad.» Es decir, que ni siquiera se exigía que los individuos de la guardia móvil avisasen su cambio de domicilio ó su salida para un viaje que, según se vé, podía ser de negocios ó de placer, cosa mucho más cómoda que pagar un sustituto por cinco años. El artículo 9.º empezaba en estos términos: «Los individuos de la guardia móvil están sujetos, excepto en casos de ausencia legítima, á ejercicios y reuniones.» Faltaba saber lo que se entendía por ausencia legítima, de la cual no se habla en el artículo sexto. Sobre esto el barón de Beauverger en la sesión del 11 de enero de 1868 pidió explicaciones al ponente diciendo: «El artículo 6.º concede á todos los jóvenes inscritos en la guardia nacional móvil el derecho de ausencia, del modo y cuándo les convenga hacer uso de él; y el artículo no-

veno dice que en caso de ausencia legítima quedan exentos de ejercicios y reuniones. Comparando los dos artículos é interpretándolos racionalmente me parece resultar del primero que los jóvenes inscritos solo tienen el deber de notificar su ausencia, sin tener que exponer el motivo de ella, y que el gobierno no tiene el derecho de mezclarse en sus asuntos personales.»

A esto contestó el ponente: «El ilustre señor Beauverger se adelanta demasiado y niega á los jóvenes de la guardia móvil la posición á la cual tienen derecho. En ningún caso tienen obligación de notificar su ausencia.»

El barón de Beauverger: «Pues sí están ausentes son libres.»

El ponente: «Si están ausentes son libres.» (*Movimiento y ruido.*)

Varias voces: «Entonces todo el mundo se ausentará.»

El vizconde de Clary: «Entonces ya no habrá guardia nacional en la Borgoña y en el Lemosin, donde en ciertas épocas del año está ausente toda la población masculina por estar de viaje.»

El ponente: «El señor vizconde olvida el artículo aceptado ya, según el cual la guardia móvil asiste en su domicilio ó residencia accidental á los ejercicios.»

Martel: «Quisiera insistir en la pregunta hecha por el ilustre señor Beauverger de cómo se podrá determinar si una ausencia es legítima ó no. Si he entendido bien al señor ponente, llamaría yo voluntaria la participación en los ejercicios y reuniones, pues no será necesario notificar la ausencia. Supongo que el señor ministro de la Guerra quiere una guardia móvil instruida.»

Pablo Bethmont: «Será muy móvil pero no será instruida.»

El ponente: «Es cierto que el individuo de la guardia móvil que viaje por Francia ó por el extranjero no tendrá obligación de tomar parte en los ejercicios y reuniones que se celebren durante su ausencia; sobre esto no hay duda y el artículo 6.º lo dice tan expresamente como es posible.»

El ministro de la Guerra estuvo presente y como no contradujo nada, quedó admitido que todo viaje, ya fuese de negocios, ya de placer, eximia de la asistencia á los ejercicios y reuniones sin necesidad de notificar ó justificar la ausencia ni antes ni después del viaje.

Los individuos de la guardia móvil que no podían librarse del servicio viajando debían tomar parte en los ejercicios y reuniones de la guardia; y respecto de la frecuencia y duración de estos ejercicios y reuniones, había limitado el gobierno su exigencia al máximo de dos meses y medio en los cinco años de servicio, á veinte días al año y á ocho días en cada convocación. La comisión, sin embargo, nombrada al efecto insistió en su resolución, formulada así: «Cada ejercicio ó convocación de los individuos de la guardia móvil no debe exigir de estos más de un día de ausencia de su pueblo. Estos ejercicios y convocaciones no deben repetirse más de quince veces al año.»

El gobierno aceptó esta resolución increíble sin hacer ninguna tentativa para modificarla posteriormente, y el 1.º de febrero de 1868 fué publicada en forma de ley (1).

Las modificaciones hechas por la cámara y admitidas por el ministro de la Guerra hicieron de la guardia móvil, ya existente meramente en el papel, una verdadera caricatura. Semejante creación no podía aumentar de ninguna manera la fuerza armada de la Francia. El mariscal Niel pidió dos veces informes del coronel Stoffel para ver cómo el extranjero, particularmente la Prusia, había tomado la ley y en es-

(1) El texto de esta ley se encuentra en *El Monitor* de 1868, número 35.

pecial la creación de la guardia móvil. El citado agente contestó en 29 de marzo de 1868 (1); y no satisfaciéndole al parecer este informe, envió otro muy completo, en 12 de agosto de 1869, bien que en igual sentido que el anterior, pero que no llegó á conocimiento del ministro de la Guerra porque éste falleció al día siguiente. En su informe decía Stoffel que en Prusia se consideraba la nueva ley como una necesidad que, en lugar de aumentar la fuerza armada de la Francia, solo era propia para debilitarla. Fundábase este juicio en el artículo 9.º de la ley, que concedía solo un día para las convocaciones y ejercicios de la guardia móvil. No comprendían los alemanes que se hubiese propuesto y aprobado seriamente por las cámaras de un gran país una ley tan irracional y que hubiese habido gobierno dispuesto á aceptarla y aplicarla. Stoffel, como si creyera estar hablando en la cámara legislativa, dice: «¿Pero no veis que lo que haceis no tiene sentido común y que sin saberlo engaiais á la Francia y os engaiais á vosotros mismos? ¿Queréis aumentar la fuerza armada de la Francia con varios cientos de miles de hombres que llamis guardia nacional móvil y privais al gobierno de todos los medios de instruir militarmente á estos hombres? ¿Qué instrucción militar creéis poder dar á un joven que en la mayor parte de los departamentos necesita para ir al lugar de reunión andar por la mañana dos ó tres leguas y otras tantas por la noche para volver á su casa y que en el mismo día debe asistir á la lista, al reparto de efectos y armas y á toda clase de ejercicios? ¿No veis que es completamente imposible que en un día quede siquiera un cuarto de hora para el servicio efectivo? Si no podeis conceder más que un solo día para los individuos de la guardia móvil, renunciad á la ley y volved á la del año 1832. En una palabra, la ley propuesta es impracticable y no tiene sentido común.»

Así debería haber hablado el mariscal Niel en el cuerpo legislativo, aunque no hubiese sido sino para declinar toda responsabilidad personal; pero no habiéndolo hecho, quedó responsable ante los contemporáneos y ante la posteridad de haber faltado al sentido común y de no merecer su fama de legislador y organizador.

El cuerpo legislativo le oía hablar con gusto, porque se expresaba con fluidez y daba interés sin ser enfadoso á cosas difíciles de discutir; hablaba del ejército como Necker solía hablar de la hacienda y como Montesquieu escribía sobre constituciones, es decir, con aquella apariencia de minuciosidad que tanto gusta á la gente lega en los parlamentos, porque cree haberlo aprendido todo al vuelo para formar un juicio de perito. Emilio Ollivier dijo una vez que Niel tenía derecho á envanecerse de ser descendiente de los antiguos galos, de los cuales Caton había dicho que eran igualmente inteligentes en las cosas militares que en el hablar. Este juicio es resultado de un error en ninguna parte tan frecuente como en Francia y peligrosísimo sobre todo en el terreno militar; y así pasó el mariscal Niel por gran organizador y hombre perito en el ramo militar porque era orador hábil. Pero en el asunto de que tratamos mostróse muy poco perito; y cuando el coronel Stoffel, para justificar su juicio, tuvo que hablar de los ejercicios de las reservas de Prusia, dijo que se concretaría á lo que en Prusia no ignoraba ni oficial ni individuo ninguno, con lo cual venía á decir que tampoco debía ignorarlo el ministro de la Guerra de una gran nación, á saber: «Que en Prusia se llaman los individuos de las dos reservas á los ejercicios, de los cuales cada reservista asiste á dos, según la ley del 9 de noviembre de 1867, durante los tres años de servicio en la reserva; que estos ejercicios no

(1) Este informe no figura en la edición alemana de los informes de este agente militar.

deben pasar de catorce días; y los hombres de la segunda reserva de la infantería pueden ser convocados para doce ejercicios que duren de ocho á catorce días. El primer día se pasa, como se sabe, en la traslación de los individuos desde sus domicilios al punto de ejercicios, que suele estar distante de ocho á diez kilómetros; luego se les pasa lista y se les provee de uniforme y armas, con lo cual se pasa el tiempo hasta la caída de la tarde, por lo común, y entonces están los hombres cansados de la marcha matinal y de estar todo el día en pié. Frecuentemente se pierde también el segundo día con la formación de la compañía; por manera que los verdaderos ejercicios solo pueden empezar con seguridad al tercer día. Así sucede en Prusia, donde todas estas cosas son practicadas desde muchos años; y en Francia, donde todo esto es completamente nuevo, se cree que los individuos de la guardia móvil harán en un solo día la traslación de ida y vuelta al punto de reunión y además los ejercicios.»

Quedaba, pues, patente la increíble necesidad de los representantes de una gran nación; pero la ignorancia, la frivolidad y la presunción de que padece la Francia son tan tenaces, que no solamente la prensa diaria sino hasta la especialista del ramo dijo que la nueva guardia móvil sería para la Francia lo que la reserva era para la Prusia y acaso superior á ésta.

Stoffel se opuso con la mayor energía á semejante idea, haciendo notar que la segunda reserva prusiana estaba compuesta de individuos que habían servido tres años en el ejército activo y cuatro años en la primera reserva; de suerte que tenían una instrucción militar completa, mientras la guardia móvil creada por la ley francesa se componía de individuos que no habían servido todavía y que tampoco iban á servir en adelante, fuera de las quince reuniones anuales de un solo día cada una, si no estaban ausentes por sus negocios propios.

Stoffel concluye su informe diciendo: «Aun en la suposición de que se modificara el artículo noveno y de que se concediera para los ejercicios en lugar de un día, de ocho hasta catorce días, sería un error comparar la guardia móvil con la reserva prusiana; y es por lo mismo en extremo aflictivo que se hagan en Francia semejantes comparaciones pública y hasta oficialmente, y que se llegue á decir que la guardia móvil será superior á la reserva prusiana. Con esto no se engañan solamente los que así hablan sino que se engaña al público, que debiera enterarse ante todo de estas cuestiones importantes.»

El cuerpo legislativo había retirado como siempre con una mano lo que acababa de dar con la otra, al resolver sobre la reforma del ejército, y el gobierno aceptó sus resoluciones. Apenas se hubo publicado la nueva ley, cuando la comisión nombrada al efecto en el cuerpo legislativo procedió á hacer las economías que quiso, sin curarse de las protestas del ministro. Thiers se mostró desconsolado y dijo en la sesión del 3 de julio de 1868 con gran amargura: «Se han pedido 144 millones para la transformación de los fusiles, y la comisión concede solo 113 diciendo: Transformareis por esta vez 1.200,000 fusiles; yo pregunto si en la situación actual de Europa puede darse por armada la Francia con 1.200,000 fusiles. ¿Cuándo se ha creído suficiente una cantidad menor de dos millones y medio de fusiles? Tocante á la artillería concede la comisión, en lugar de los 13 millones pedidos, solo dos millones y medio de francos; y yo digo que es menester renovar la artillería con la mayor prontitud posible. Soy abogado decidido de la paz, pero insisto en que se conceda al ministro de la Guerra todo lo necesario para dar á la Francia una posición enteramente respetable enfrente de la Europa. Veamos lo que hace la comisión con las fortalezas.

Concede 36 millones, de los cuales seis han de sacarse de la venta de terrenos y otros seis deben aplicarse á gastos hechos anteriormente; por manera que del crédito solo quedan 24 millones. Al hablar de fortalezas, no se trata de guerra ofensiva sino de la seguridad del país. Pues bien, yo digo que es una funesta ilusión creer que con 36 millones puedan ponerse nuestras fortalezas en el estado en que deben hallarse (1).»

Las economías hechas eran perjudiciales no solamente porque quitaban al país las cantidades que necesitaba para su armamento sino por la arbitrariedad con que se hicieron y porque una vez empezadas, no conocieron por de pronto límites. En 7 de julio pidió la comisión que se economizase un millón de francos sobre la paga del ejército por medio de licencias temporales, á lo cual se opuso el mariscal Niel diciendo que era imposible, porque para arreglarse dentro de los límites del presupuesto había de dar licencia temporal desde luego á 80,000 hombres y no obstante le faltaba todavía un millón de francos. «No se me acusará de osadía para hacer economías, dijo, pero hasta de la cámara oír quejas de que hay ciudades donde la guarnición es insuficiente, los diputados verán con sorpresa que se han suprimido guardias de honor, y yo doy el ejemplo, pues he suprimido la mitad de las mias; y en los incendios suprimo las guardias y empleo serenos, y qué logro con todo eso? Para nivelar el gasto me falta todavía medio millón, y este medio millón debo encontrarlo buscando mas economías en todos los ramos. Así lo he hecho, y he hecho bien; pero no puedo hacer mas, y ahora viene la comisión y dice: Es preciso que usted encuentre el modo de economizar otro millón. A esto no tengo otra contestación sino que es imposible, pues he llegado al último límite.»

El diputado Segrís contestó en nombre de la comisión al ministro con la lisonja de que había llevado á cabo otras cosas imposibles y también llevaría á cabo esta imposibilidad; que el año pasado había sacrificado de su presupuesto hasta diez y siete millones para hacer economías; que había disminuido los cuadros de infantería en 10,000 hombres y la caballería en 10,000 caballos, y no obstante había dicho en la introducción al presupuesto del ministerio de la Guerra: «Estas disminuciones, muy lejos de perjudicar la fuerza de nuestra organización militar y del ejército, robustecerán los regimientos en lugar de debilitarlos.» No tengo voto en la materia, dijo el orador, pero atiendo á lo que dice el señor ministro, y después de haber conseguido lo del año 1867, creo que conseguiré lo mismo en 1868 y verá que no es cosa sobrenatural para él el licenciar algunos individuos mas y sacrificar este óbolo de un millón al balance de la hacienda del país. El ministro contestó que el óbolo que se le pedía significaba la licencia de 7,590 individuos, además de los 80,000 ó 90,000 que había tenido que enviar ya á sus casas, y mas no podía hacer; que si licenciaba tan grandes masas de soldados se marcharían también los sargentos, que según la nueva ley podía retener solo cuatro años en lugar de siete como antes; y con la marcha de los sargentos quedaría quebrantado todo el sistema del ejército. «Estas son cosas, dijo, que yo conozco á fondo, y apelo á cuantos tienen un conocimiento verdadero del ejército. Si la cámara da este paso fatal, pondrá en peligro todo el sistema. Mi objeto es siempre tener un ejército disponible. La cuestión de la organización del ejército ha sufrido una transformación completa. Habéis quedado sorprendidos de la transformación que ha sufrido el armamento; seguramente no habéis querido oír aunar soldados armados de fusiles antiguos á enemigos arma-

(1) *Monitor*, 1868, pág. 665.

dos con fusiles de aguja; y sin embargo en este momento se opera una transformación mucho mas importante, la del pase del estado de paz al de pie de guerra. Un ejército europeo bien organizado puede efectuar esta transición en quince días. No exagero; porque hay quien sostiene que puede efectuarse en siete días. Supongamos que se presente una gran complicación y que tuviéramos que rechazar un ataque súbito; entonces una potencia como la Francia debe tener en el espacio de quince días, desde la declaración de la guerra, medio millón de hombres sobre las armas, y en los quince días siguientes 700,000. Es esto un problema que hay que resolver y al cual no es fácil dar solución. Estoy perfectamente convencido de que la organización actual de nuestro ejército resuelve esta dificultad. Declaro que si fuera menester, no faltaria en su puesto dentro de doce días ni un solo hombre de los que pertenecen al ejército en este momento. (*Muy bien, agitación.*) Pero, señores, ¿presentaremos esta masa de defensores sin instrucción, sin organización ni disciplina? No por cierto, porque nos podemos encontrar frente á frente con ejércitos organizados, disciplinados y prácticos. Es cierto que en ejércitos extranjeros pueden servir hombres casados, empleados, en fin, una multitud de hombres que no están acostumbrados á las campañas, mientras nosotros tendremos solo solteros instruidos y decididos, á quienes no atormentan los cuidados de una familia que dejan en sus casas, de modo que en igualdad numérica la ventaja es nuestra; por esto no me detengo en el número, en el cual por lo demás también podremos ser superiores; pero lo que importa sobre todo es que nuestros soldados sean prácticos; pues bien, ¿cómo se hace para oponer en quince días al enemigo un ejército de 500,000 á 600,000 individuos enseñados y prácticos? Para conseguir esto sin apurar todos los recursos del tesoro solo queda un medio; no el de tener un efectivo de 400,000 á 600,000 hombres sobre las armas, lo cual no desea la cámara, sino el de tener durante cinco meses del año en las filas un efectivo de 400,000 hombres y dar después licencia temporal á la mayor parte posible de este número. Hay otra dificultad: en otros ejércitos existe un cuerpo de oficiales y otro de sargentos y cabos que existen separadamente el uno del otro, pero que no se producen haciendo ascender continuamente á los soldados hasta oficial y jefe, sino que en estos ejércitos se suplen separadamente. En Francia no sucede esto. Nuestro ejército saca una fuerza extraordinaria del continuo movimiento desde el soldado raso hasta el grado mas elevado; pero esta ventaja tiene su inconveniente y es la necesidad de tener el ejército siempre organizado; de que la instrucción no se detenga nunca, y esta es la misión de los sargentos. Ahora bien; si licenciamos súbitamente toda nuestra gente se van también nuestros sargentos; ¿quién instruirá los contingentes nuevos que lleguen? ¿Cómo se mantendrá la disciplina? Es preciso, pues, que retengamos la gente durante cierto tiempo. La nueva ley no ha dado todavía frutos, que podrán madurar dentro de tres ó cuatro años; la guardia móvil no está formada todavía y nos hallamos en un estado de transición en el cual hay que estudiar el nuevo armamento, que cambia todas las operaciones de combate, pues no se crea que los ataques y los movimientos en los campos de batalla van ahora á efectuarse enteramente como antes. Todo se ha cambiado; se ha de dar una instrucción enteramente nueva á los soldados y á los oficiales, y en el momento en que debe hacerse todo esto ¿se quiere por una insignificante economía poner en cuestión todo lo que se ha alcanzado? ¿Cómo es que yo, que tengo el honor de hablar á la cámara y que no deseo mas que llegar á la organización mas económica, que es lo que todo el mundo desea, me veo colocado por fuerza en la imposibilidad de lograr lo que forma mi pro-

pósito? Sí, señores, es esta una cuenta muy equivocada. Se me imposibilita de cumplir con la misión que el emperador me ha confiado. No dudo de la buena fe de nadie, pero si los diputados supiesen lo que yo sé, si hubiesen visto lo que yo he visto, mudarían de opinión. Se me hace tropezar en el cumplimiento de mi misión contra una economía casi irrealizable. El ejército debe tener confianza en sí mismo, pero si las licencias pasan de cierto número tendremos regimientos que no tendrán hombres suficientes; los oficiales perderán el valor; los sargentos se marcharán; el nuevo sistema será abortado, y la cámara lo habrá hecho fracasar en el momento en que debería triunfar.»

Un testigo ocular dice en su obra: «Me parece que veo todavía al infatigable mariscal cómo con la mirada y los gestos de un desesperado procuraba ablandar el corazón de la cámara (1).»

Todos sus esfuerzos fueron vanos. Había alabado tanto la fuerza maravillosa de la organización nueva y la disposición del ejército para entrar en campaña en su organización actual, que la cámara no comprendió el terrible perjuicio que podía resultar de licenciar 7,590 hombres mas. El diputado Mége dijo que el ejército activo se apoyaba por una parte en una fuerte reserva y por otra en una numerosa guardia nacional móvil, bien enseñada y llena de entusiasmo y de deseo de pelear por la patria; de consiguiente la nueva ley aseguraba la defensa del país de una manera mas completa que antes, por lo cual la comisión había pensado que podía efectuarse una pequeña disminución, no del efectivo del ejército, sino del número de individuos que actualmente se hallaban en las filas. Con esto se economizaría un millón y 7,500 hombres regresarían medio año antes á sus casas, quedando, sin embargo, á la disposición del ministro, siendo todos gente que habían servido dos, tres ó cuatro años, y «si algo ocurriera, ha dicho el ministro mismo, volverían á estar á los pocos días en su regimiento. Pues bien, nosotros queremos que esta medida no se quede en simple deseo platónico.»

La proposición de la comisión fué aprobada como si tal ministro de la Guerra no hubiese hablado contra ella y fué seguida por una nueva proposición para economizar setecientos mil francos, enajenando 3,000 caballos para restituirlos á la agricultura. La defendió el diputado Gressier aludiendo á la expresión del ministro, que había dicho que bastarían doce días para poner el ejército en pie de guerra, tiempo bastante para reunir los caballos. Entonces volvió á tomar la palabra el ministro, diciendo: «Me opongo á la proposición, si bien no tengo la menor esperanza de lograr mi objeto. No puedo decir á cada momento que es insuficiente lo que hace la cámara para el ejército, porque el país podría creer que carece de ejército suficiente. El país ha de tener confianza en el ejército y no debe dársele el espectáculo de un ministro que no se cansa de decir: lo que se hace es insuficiente. Soy hombre de convicción y nunca he rehusado deberes; pues bien, digo que me parece que falto á mi deber subiendo siempre á la tribuna para decir á los diputados que lo que dan es demasiado poco, haciendo dudar así al país de su fuerza armada en la situación actual de Europa. No tengo la pretensión de ser indispensable, pues no faltan hombres en nuestro país; pero ya que me he encargado de organizar el ejército, ¿qué quieren los señores diputados que haga si á cada momento me niegan lo que considero necesario? (El diputado Magnin: *Entonces ya no hay cámara ni intervención. Entonces solo quedan el emperador y el ministro de la Guerra.*) Tengo la convicción de que en el

(1) Giraudeau: *La vérité sur la campagne de 1870*. Marsella, 1871, página 142.

instante en que hablo tenemos un ejército tal, que nadie tiene interés en llegar con él á las manos; pero quieren los autores de la proposición que yo le dé un golpe que puede debilitarlo. Se proponen disminuir los caballos de la artillería. Nosotros tenemos menos artillería que las demás potencias europeas; tenemos dos piezas por cada mil hombres, y en todas las demás partes se cuentan tres piezas por mil hombres. Es muy grave tener que entrar en estos detalles y me repugna revelar esta situación en este punto y á cada momento; pero tengo que cumplir con mi deber hasta el fin, y digo que el ejército francés es el único que se contenta con dos piezas para cada mil hombres. Nuestra artillería basta para 240,000 hombres. Esto ha dicho el ilustre señor Gressier y yo no lo niego; pero ha dicho también que solo poníamos 240,000 hombres en línea, y en esto se equivoca, pues ponemos 400,000 hombres en batalla y veinte días después 600,000 mas. Si nuestra artillería basta, como he dicho, para 240,000 hombres, y nos vemos en la situación de poner 600,000, ¿cómo cubrimos las necesidades del servicio? Tenemos tiros para la artillería necesaria para 240,000 hombres; es el mínimo, pero suficiente; bajar mas sería una imprudencia y un crimen. El señor Gressier dice: si podemos llamar á los licenciados, podemos llamar también á los caballos; en esto hay una gran diferencia; se acaba de pedir que se devuelvan 15,000 caballos á la agricultura, pero ¿en qué estado se hallan estos caballos? No hemos perdido mas en estos caballos que en los que se hallan en las caballerizas del Estado, es verdad; á pesar de estar flacos se hallan en general en buen estado de servicio; pero tienen el gran defecto de que han olvidado el galopar; se han hecho en el campo caballos de labranza que van solo al paso y no quieren correr; solo se pueden utilizar para el tren, pero no para montar ni para tiro de piezas de artillería. Suplico, pues, que se nos dejen estos caballos de reata y se nos permita llamar la atención de la cámara sobre este punto importante: que no puedo entrar aquí en todos los pormenores de una organización militar, pues esto, lo repito, podría tener consecuencias muy graves.»

Tenemos, pues, que el ministro de la Guerra confesó que el ejército francés no estaba al nivel de los demás ejércitos respecto de artillería y que ésta no podía disminuirse. Esta vez fué escuchado y la proposición fué rechazada; pero en todo lo demás demostró que como todos los oficiales imperiales, á excepción del coronel Stoffel, no tenía ninguna idea de la fuerza y superioridad del ejército prusiano y que se engañaba como los otros respecto de los méritos verdaderos ó pretendidos del ejército francés. Para inspirar confianza al país se jactó de que con la organización existente podía poner en línea de batalla y en quince días 600,000 hombres, con cuya exageración contribuyó á que la cámara y el país se formaran una idea completamente falsa de la fuerza que tenía la Francia entonces. Esto era lo peor que podía pasar á la Francia, es decir, el creer que estaba armada y preparada para poner sus fronteras fuera de todo ataque y que sus ejércitos eran invencibles (2). En Francia se considera toda-

(2) En 17 de setiembre de 1871 dijo Thiers ante la comisión de información de Versalles: «En aquella época fatal no se oía mas que una frase en todas las conversaciones, frase que estaba en todos los labios: «Estamos á punto, estamos preparados.» He seguido el origen de esta expresión, que vino del mariscal Niel. Yo la he visto nacer y la he visto consumir nuestra ruina. No hay país alguno donde las palabras hayan hecho tanto mal como en Francia. En nuestro país hay momentos en que todo el mundo dice y repite lo mismo y acaba por creerlo; los negocios comienzan, la multitud sigue y no hay medio de resistirlo.» Así habló Thiers después de la guerra; pero jamás habló así antes, pues aun en su discurso del 30 de junio había dicho terminantemente que la Francia estaba preparada.